

—Tan seguro, como que ayer en la mañana estuve aquí con el Jején.

—Pero no abren, y tú me has dicho que Paulita no sale por las noches.

—Es cierto, y aun hay luz adentro; mire usía.

Uno de los hombres aplicó el ojo á la cerradura de la puerta.

—En efecto—exclamó—hay luz; quizá se haya dormido esa muchacha: llamaremos mas fuerte.

Y volvieron á llamar con mas fuerza.

—Tal vez habrán salido.

—Puede ser; pero cuando dejaron luz, es porque no tardarán en volver.

—Volveremos mas tarde.

—Como usía lo disponga.

Y los dos hombres se alejaron por donde habian venido.

Pocos momentos despues se presentó Paulita con su marido y llamaron. Julia les abrió al momento.

—Albricias, hermosa, albricias!—dijo Paulita abrazando á Julia.

—¿Albricias? ¿de qué?—preguntó la jóven.

—Albricias! ¿sabeis de dónde vengo en este momento?

—Imposible, si vos no me lo decís.

—De vuestra casa.

—¿De mi casa?

—Sí; he visto á la señora, y está muy arrepentida de lo que hizo con vos, y desea veros.

—¿Pero qué le habeis dicho?.....

—Muchas cosas buenas, sobre todo para vos, y si queis, no tengo sino enviar al Jején con este pañuelo, y vuestra madre vendrá aquí por vos.

—Paulita, ¡cuánto os agradezco lo que habeis hecho! pe-

## VI.

## El proyecto de boda.

JULIA se habia quedado sola en la casa de Paulita, esperando que esta volviese con su marido.

Paulita habia procurado ocultar á la jóven el objeto de su salida, temerosa de salir mal en su empresa; pero como Julia tenia miedo de quedar sola, Paulita le encargó cerrar la puerta por dentro, y que no abriera si no llamaban de una manera particular convenida entre ellas.

Poco antes de regresar Paulita á su casa, dos hombres, embozados hasta los ojos, llegaron hasta la puerta de la casa y llamaron; pero como no eran los toques convenidos, Julia se cuidó muy bien de abrir.

Uno de aquellos hombres repitió los golpes á la puerta, nadie contestó tampoco, y entonces se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Estás seguro—preguntó uno de ellos—que esta es la casa?

Julia reflexionó, y luego contestó con resolucion:

—Que venga.

—Anda, Jején, hijo mio—dijo Paulita;—lleva este pañuelo á la señora de la casa en donde estuvimos, y dile que su hija la espera.

El Jején salió precipitadamente.

—Ahora que estamos solas—dijo Paulita—os contaré, para vuestro consuelo: yo tambien amé con mi primer amor á un hombre, á un hombre que fué tambien un imposible para mí; y no porque estuviera en tierras remotas, ni porque me fuera imposible volver á verle, sino porque era noble, porque era un conde, y yo era una pobre muchacha: yo hubiera sido, no su mujer, su dama, y él lo comprendió, y él me hizo comprender á mí el abismo que nos separaba, y él me contuvo en mi caída, y le escuché y me casé con el Jején: el corazon se me hacia pedazos; pero ahora comprendo que hice bien; seria yo quizá una mujer perdida: aun le amo, aun me estremezco al hablar de él; pero me domino, y sigo viviendo tranquila, porque era imposible que yo fuera la esposa de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿Así se llamaba?

—Sí; Enrique Ruiz de Mendilueta se llama, Julia, porque aun no ha muerto; nadie sabe dónde está, pero creo que vive.

—¿Habeis padecido mucho?

—Mucho; pero conocí la razon: amar un imposible es una locura, creedme, Julia, os lo digo con experiencia, y vos no podeis ser ni la dama siquiera de ese hombre, porque no creo que volvais á verle.

Julia se cubrió el rostro y comenzó á llorar.

Paulita se acercó á ella y comenzó á acariciarla.

—¡Cuánto siento lo que os hago padecer con mis consejos!

—la dijo;—pero segun me habeis contado, no teneis una amiga verdadera, ni persona alguna que os aconseje; no podeis estar ya tranquila en vuestra casa, los celos han envenenado el corazon de vuestra madre, que estará constantemente desconfiando de vos: por otra parte, ¿creeis que ese vuestro perseguidor, ese Don Pedro Juan, prescinda de sus antiguas pretensiones?

—Despues de lo que ha pasado, creo que sí.

—Os engañais; al encontrarse á vuestro lado otra vez, al ver que ha pasado ya la tormenta, poco á poco irá cobrando confianza, y muy pronto, con vuestra presencia en su casa, volverá á encenderse su pasion y volverá á solicitar vuestro amor, hasta que haya otra tormenta mas terrible que la anterior.

—Por eso no quiero volver á mi casa.

—¿Pues adónde ireis? ¿teneis vocacion de monja?

—¡Oh! no, no.

—Entonces en cualquier parte estareis mal y expuesta siempre á la persecucion de ese hombre, y á que el dia que vuestra madre sepa algo, crea que para tener mas libertad habeis dejado su casa.

—¡Dios mio! ¿qué haré?

—Julia, ¿no teneis mas que el amor de vuestro pirata que os impida casaros con el hombre que os propone vuestra madre?

—Nada mas; perdido su amor, para mí todo es indiferente sobre la tierra.

—Pues lo que es su amor, dadlo ya por perdido.....

—Eso es espantoso.....

—Pero es la verdad; tened resolucion y arrojad esas locuras de vuestro pensamiento, ó amadlo, pero que esto no

os impida orar como todos los cristianos, y no soñando en imposibles: aprended á mí.....

—Vos no amaríais sin duda á ese hombre.

—¿Que no le amaria? ¿que no le amaria? Julia, le amo aún con todas las fuerzas de mi alma; le amo aún, á pesar de que para mí es ya solo un recuerdo; le amo, le amo, y su amor está en mi corazón como en un santuario, y lo conservo como una religión, á pesar de los obstáculos invencibles que nos separan; y yo tuve y tendré quizá necesidad de luchar, de luchar y vencerme, porque yo le veía, y le hablaba, y se sentaba á mi lado, y estrechaba mi mano, y lo que es mas, comprendía que yo le amaba; y le veré otra vez, mi alma lo presiente, y, Julia, yo os lo aseguro, sabré vencerme. Conque decidme ahora vos, ¿en qué son comparables los tormentos de vuestra soñada pasión, con este combate diario y doloroso, en el que no hubiera yo tenido necesidad mas que de decir una sola palabra para ser, si no la esposa, al menos la querida de ese hombre adorado por mí? Julia, amad á vuestro pirata cuanto queráis, pero no sacrifiqueis á ese amor de niña vuestro porvenir y la tranquilidad de vuestra madre.

En este momento se oyó en la calle el ruido de una carroza, y llamaron á la puerta.

—Ahí están—dijo Paulita, y se dirigió á abrir.

Julia se puso lívida; la puerta se abrió, y el Jején, seguido de la señora Magdalena, penetró en la estancia.

La madre y la hija se precipitaron la una en los brazos de la otra, y sin poder articular palabra, comenzaron á llorar.

Jején llamó á Paulita aparte y le dijo:

—¿A quién crees que he encontrado esta noche, al ir para la casa de esa señorona?

—¿A quién?—preguntó Paulita.

—A Don Enrique en persona.

—¡Jesus!—exclamó Paulita poniéndose trémula.

—No te espantes y vayan á maliciar algo; viene oculto y con riesgo de la vida.

—¿Pero qué te dijo?—preguntó la jóven, pudiéndose apenas tener en pié.

—Que me necesita, no sé para qué; que mañana á las once de la noche me espera enfrente de Catedral.

—¿Y no mas?

—No mas.

—¿Te preguntó por mí?

—No.

Paulita ahogó un suspiro y sintió que su corazón se hinchara de dolor.

—¡Oh!—pensó la jóven—¡si Julia sintiera esto!

Julia y la señora Magdalena hablaban ya entre sí.

—Vamos, hija mia—decía la madre limpiándose los ojos—vamos, ya no llores; sígueme, volvamos á nuestra casa, y perdóname tantas imprudencias; tú no sabes lo que son los celos, y Dios te libre, hija mia, de saberlo nunca. Vamos á casa—y la tomó de una mano para llevarla consigo.

Julia humildemente se levantó.

—Adios, Paulita—dijo Julia abrazándola.

—Adios—contestó Paulita—y encontrando en aquella despedida un pretexto para dar salida al llanto que la sofocaba, se puso á gemir.

—Paulita—dijo Julia—no dejéis de ir mañana por casa, os espero.....

—No—contestó Paulita;—mañana iré; aun tengo que seguir con vos una conversacion pendiente.

Julia y la señora Magdalena montaron en la carroza que

las esperaba rodeada de lacayos á pié que llevaban luces, y se dirigieron para la casa.

Al penetrar otra vez Julia en aquella mansion, de la que habia salido de una manera tan triste, sintió que todas las reflexiones de Paulita tomaron mayor fuerza; se le figuró que álguien se las repetia en su interior, y comprendió que la pobre muchacha tenia razon.

La señora Magdalena se iba poniendo sombría y dirigia para todas partes miradas inquietas.

Julia conoció lo que pasaba en aquel corazon, y una resolucion repentina y enérgica nació en el suyo; le pareció digno de ella sacrificarse por la felicidad de su madre, y dijo sin vacilar á la señora Magdalena:

—Madre mia, ¿de quién deciais que pretendia ser mi marido?

—De Don Justo, el hermano de la condesa de Torre-Leal—contestó admirada la señora Magdalena.

—Madre mia, decidle que le autorizo para que pida mi mano; pero ha de ser pronto, muy pronto.

—Gracias, hija mia, gracias; ¡Dios te bendiga!—exclamó la señora Magdalena anegada en llanto y cayendo en los brazos de su hija.

—¡Por vos, madre mia!—murmuró Julia.

Y las dos quedaron en silencio.

## VII.

El 6 de Agosto.

GRAN las once de la noche del dia 6 de Agosto de 1669, y llamaba á la casa de Doña Ana un hombre embozado. Era Don Diego, que volvia á ver á la dama por primera vez desde la escena que han presenciado entre ambos nuestros lectores.

Doña Ana estaba triste, el Indiano habia escapado casi de entre sus brazos, confesándole que la amaba, y sin embargo, no volvió; Doña Ana le esperaba todas las noches, y las noches pasaban y Don Diego no parecia: la dama sentia una inquietud mortal.

—Habrá prescindido de mi amor—pensaba;—¿qué hago entonces en esta soledad?..... No, no, vendrá; le espero, le espero.

En este momento llamaron al zaguan.

—¡El es!—exclamó Doña Ana, y se arregló el traje y el tocado como si ya Don Diego estuviera muy cerca.

Doña Ana oyó los pasos de álguien que subia la escalera, que se aproximaba por el corredor, y la puerta se abrió.

—¡Don Diego!—exclamó la jóven saliendo á su encuentro.

—¡Doña Ana!—dijo el Indiano.

—Temia que no volviéseis mas.

—Doña Ana, no os engañais; habia tomado mi resolucion, no queria ya veros.

—¡Ingrato!

—Sí, porque tenia remordimientos con vuestro amor; pero he pensado tanto en vos, en lo que me habeis dicho, siento tan triste, tan inmensa mi soledad, que me decidí á venir para deciros.....

—¿Qué? ¿qué?

—Que os amo, que quiero, que necesito que seáis mia....

—¡Don Diego!—exclamó Doña Ana precipitándose en sus brazos—¡cuán feliz me haceis!

—Sí, Doña Ana, porque yo lo soy tambien: he comprendido que realmente Marina no existe ya para mí; yo estoy solo sobre la tierra como vos lo estais; soy jóven aún, necesito amar; vos me amais, y sois digna de que os ame, porque os debo una reparacion, y esto es lo que me ha decidido.

—¡Reparacion! ¿y de qué, Don Diego?

—¿De qué, Ana? de que yo soy la causa de todas vuestras desgracias, de que yo aconsejé á Estrada todo lo que hizo con vos el dia de vuestro rapto, de que esa misma noche, antes que él os hubiera visto, os hubiera hablado, vino á mí, me ofreció que si yo queria seríais mia y no de él, y yo, cegado, desprecié aquella ocasion; yo he sido malo para los dos.

—Pero no hay que hablar de eso si me creéis digna de vos aún.

—Digna sois, Ana, porque si vos habeis tenido amores con Don Cristóbal de Estrada, si habeis sido su querida, yo he tenido la culpa y me arrepiento; y ahora que Dios me pone en situacion de reparar mi delito, lo haré, y vos, Ana, sereis mi esposa.

—¡Oh!—exclamó conmovida Doña Ana—esa es demasiada felicidad! porque yo no merezco tanto: volver así tan alta á vuestro aprecio, es para mí la mayor de las dichas!

—Ana, os amo, sois buena, yo os haré feliz; consolareis mi soledad, sereis la madre de mi pobre hija, y nos iremos á vivir lejos de aquí, adonde nadie nos conozca: felizmente aun soy jóven y rico, y podemos aún pasar una vida tranquila.

—¡Don Diego! ¡sois un ángel!

—Preparad vuestros equipajes para mañana mismo; quiero que salgamos de la ciudad en la tarde.

—¡Oh! qué felicidad! qué felicidad!

—Mañana, á las dos de la tarde, vendré aquí en mi carreta por vos.

—¡Dios mio! se me va á hacer eterna la noche! este es el dia mas feliz de mi vida! ¿En qué fecha estamos? porque quiero grabarla en todas partes.

—No recuerdo.

—Yo sí, ya recuerdo, estamos á seis de Agosto.

—¿A seis de Agosto?—dijo sobresaltado el Indiano, recordando la cita con Don Enrique.

—Sí, á seis de Agosto; ¿qué os sucede?

—Nada—contestó el Indiano sacando una soberbia mue-

tra guarnecida de piedras preciosas, y diciendo para sí:— los tres cuartos para las doce.

—¿Por qué os habeis puesto sombrío? ¿esta fecha os trae algun recuerdo penoso?

—Sí, Ana, y me voy por eso inmediatamente.

—Pero explicadme, Don Diego.

—No tengo ya tiempo, será mañana. Adios, mi hermosa dama—dijo dándole un beso.

—Adios, amor mio—contestó Doña Ana.

El Indiano salió apresurado, y ella quedó diciendo:

—¡Qué extraño misterio! pero este hombre es ya mio.....

El Indiano se dirigió á la inmediata calle, que era el lugar designado por Don Enrique; pero Don Diego no creia en aquella cita: además, Don Enrique era para él culpable por haberle engañado, enviando á Doña Ana en lugar de Doña Marina: quizá estaria muy lejos de México; pero Don Diego sentia necesidad de buscarle.

Las doce sonaban cuando desembocó en la calle de Tacuba, y se dirigió al frente de la casa que habia habitado Doña Marina; por los balcones se advertia luz, cosa extraña en aquella hora.

Don Diego se paró frente á la casa, y de la puerta de ella se destacó un hombre.

—¿Quién va?—dijo el Indiano.

—Quien os ha citado para este lugar.

—¡Don Enrique!

—El mismo, Don Diego; sabeis que no acostumbro faltar jamás á mi palabra.

—Lo sé, y sin embargo, una vez por todas me habeis engañado vilmente.

—Tened la lengua, ó vive Dios que tendreis que arrepentiros.

—Sea en buena hora—dijo Don Diego tirando de su estoque;—defendeos, y Dios decidirá.

—Aun no llega el momento—contestó con calma Don Enrique y sin sacar su espada;—pero pronto vendrá: por ahora, tened la bondad de seguirme.

—¿Adónde?

—¿Teneis miedo?

—Jamás; guiad.

Don Enrique dió media vuelta y se encontró frente al zaguán de la casa; le abrió y penetró al patio, seguido del Indiano.

Don Enrique subió apresuradamente las escaleras, y el Indiano le seguia de cerca.

Aquella casa despertaba en el ánimo de Don Diego trisimos y dolorosos recuerdos; pareciale ver á Doña Marina, hermosa con la animacion que comunicaba á su semblante el goce de los primeros amores; recordaba los dias felices que habia pasado allí á su lado, y con estos recuerdos se unian las punzantes memorias de los acontecimientos de Portobelo, la consideracion de lo que seria de Doña Marina en aquellos momentos, y una especie de remordimiento por sus amores con Doña Ana y por la resolucion que habia tomado de llevársela consigo al dia siguiente.

Todas estas ideas nacia en su cerebro simultáneamente, y luego pensaba adónde le conducia Don Enrique; quizá para hacer mas completa su venganza, pretendia hacerle morir en el mismo lugar en que habia recibido la injuria.

Don Diego era un valiente; pero hay pensamientos terribles y presentimientos negros, que caen sobre el corazon

mas ardiente como una gota de agua helada, y que hacen estremecer al hombre mas audaz.

El Indiano, al llegar cerca de la puerta del salon principal, vaciló un momento y llevó instintivamente su mano á la empuñadura de su daga.

Don Enrique ni aun le miraba; abrió con violencia la puerta y se precipitó en el salon; el Indiano le siguió; pero apenas penetró allí, lanzó un grito y quedó como clavado en el sitio.

Aquel salon estaba régiamente adornado é iluminado profusamente, y en un sitio cerca de una mesa, estaba sentada Doña Marina.

Al entrar Don Enrique, la jóven levantó el rostro, y al ver á Don Diego quiso ponerse en pié; pero las fuerzas le faltaron, y pudo apenas pronunciar palabras inarticuladas y tenderle los brazos.

—Don Diego—dijo solemnemente Don Enrique—ahí tenéis á vuestra esposa, tan pura y tan digna como el dia que dejásteis de verla; á sus virtudes y á su belleza reúne hoy un nuevo encanto, la corona del martirio: su alma ha salido triunfante de la prueba. Dios, su firmeza y mi fortuna, os vuelven hoy á Doña Marina; podeis arrojaros en sus brazos, porque es digna de respeto y de admiracion.

—¡Marina!—gritó el Indiano recibiendo en sus brazos á la jóven, que se precipitó en ellos trémula y silenciosa;—Marina! ¿es posible? ¿vuelvo á verte? ¿te tengo en mi pecho? Háblame, háblame, porque me parece que sueño.

—Don Diego—exclamó Marina—no soñais; Dios nos vuelve la felicidad.

Don Enrique iba á salir de la estancia para dejarlos solos, cuando Doña Marina, desprendiéndose de su esposo, tomó á Don Enrique de una mano y le detuvo.

—Don Diego—dijo—he aquí al hombre á quien, despues de Dios, debemos nuestra felicidad y nuestra honra; él ha sido mi refugio y mi amparo en medio de los peligros, él ha fortalecido mi constancia, él ha estado á punto de morir por servirme, y él, en fin, es el que me ha libertado con un rasgo de audacia inaudito, atravesando con su navío en medio de la armada del terrible Morgan.

—Marina, tú no sabes aún lo que ese hombre vale; él me ha vencido en el castillo de Portobelo, y me ha dado la libertad y la vida; yo le culpaba porque los piratas te arrebatában cuando él me habia prometido volverte á mis brazos; pero entonces aun no comprendia la grandeza de su alma. Caballero Don Enrique Ruiz de Mendilueta, señor conde de Torre-Leal, ¿quereis honrarnos con vuestra amistad, ya que habeis sido nuestro ángel salvador?

—Señor Don Diego de Alvarez, yo no soy ni caballero, ni conde; no soy sino el mexicano proscrito y miserable; no soy sino el hombre que no tiene ni patria, ni nombre, ni familia; no soy mas que el pirata Brazo-de-acero, que he venido hasta aquí para cumplir con una cita que yo mismo os habia dado para esta noche y entregaros á vuestra esposa: al daros esa cita me animaba el deseo de vengar en vos sangrientas injurias; hoy ya no me atreveria; la satisfaccion de haber hecho felices á mis enemigos, llena de tal manera mi corazon, que se apagan para siempre mis antiguos rencores.....

—¿Y no quereis nuestra amistad?—dijo Doña Marina.

—Señora, no quiero que mi corazon crie vínculos que no pueden existir.

—¿Y por qué no?—dijo el Indiano.

—Porque voy á partir esta misma noche.

—¿Y adónde?

—No lo sé; á ocultar mis desgracias en un país remoto, á huir de la persecucion de los vireyes: un hombre de toda mi confianza debe esperarme á las doce de la noche frente á Catedral; con él voy á arreglar mi viaje, y mañana al lucir la aurora, me alumbrará muy lejos de aquí.

—Don Enrique—exclamó el Indiano—por mí habeis perdido patria, nombre, riquezas, porvenir, todo, todo, y os habeis vengado de una manera terrible para mí; Don Enrique, hacedme completamente feliz, permitiéndome que os vuelva cuanto os he arrebatado.

—Es imposible; eso se perdió para siempre.....

—¡Oh! hacedme el último servicio, no me dejéis entregado á mis remordimientos; yo conseguiré lo que os ofrezco.

—¿Y cómo?—preguntó tristemente el jóven.

—No lo sé, no os lo puedo decir en este momento; pero tengo fe en que lo conseguiré.

—No lo creais.

—Mirad, no os pido mucho tiempo; ocho dias, Don Enrique, ocho dias; ¿qué son para vos ocho dias? ocho dias que estareis oculto en mi casa: si pasado este tiempo nada consigo, os doy mi palabra de caballero de que os lo diré con franqueza y estareis en libertad de partir.

—Don Diego.....

—Sí, acceded á mi súplica, y pensad que es vuestro porvenir, vuestra felicidad, lo que os ofrezco como una muestra débil de mi gratitud, como un homenaje al hombre que me venció en valor y en generosidad.

—Acceded—dijo Doña Marina.

—Sea como vos quereis—exclamó con resignacion Don Enrique, y el Indiano y su esposa le enlazaron entre sus brazos.

De los ojos de Don Enrique se habia desprendido una lágrima.

—Ahora—dijo el Indiano á su esposa—vamos á ver á nuestra hija.

—Vamos!—exclamó con alegría Doña Marina;—venid, Don Enrique.

Y los tres, con el corazon lleno de alegría, salieron á la calle y se encaminaron para la casa de Don Diego.